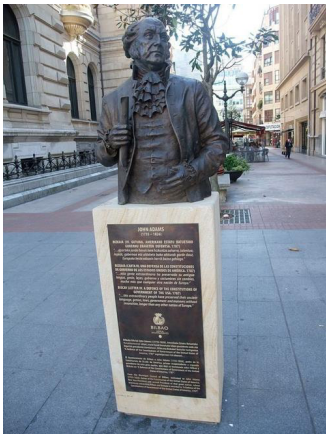


Entrelazados: John Adams se encuentra con los vascos

De los entrelazados: vascos y americanos serie

- VINCE J. JUARISTI
- 8 de febrero de 2016



Estatua de John Adams en Bilbao, junto al edificio de la Diputación Foral de Bizkaia. John Adams, el segundo presidente de los Estados Unidos, fue uno de los padres fundadores de Estados Unidos que se encontró con el vasco solo accidentalmente durante la Revolución Americana.

VINCE J. JUARISTI

"La Providencia me ha favorecido, con una visita muy inesperada a España", escribió John Adams a su amigo, James Lovell, el 16 de diciembre de 1779. Durante el próximo mes, este aterrizaje en suelo español pondría a prueba a Adams como pocos viajes en su vida. y, sin embargo, le permitió vislumbrar por sorpresa a los vascos, un pueblo con "un espíritu tan elevado e independiente, tan esencialmente diferente de las demás provincias" que los recordaría años después durante la lucha de América por una nueva constitución.

Semanas antes, mientras las batallas se desarrollaban a lo largo de la costa este de Estados Unidos, Adams había salido del puerto de Boston hacia París para comenzar el diálogo por un acuerdo de paz. Su barco, el *Sensible*, se había

topado con una tormenta del nordeste dos días antes y había tenido una terrible fuga que obligó a todos a bordo a manejar las bombas día y noche. Después de tres mil millas de clima invernal en el Atlántico, el *Sensible* empapado y podrido, tripulado por una tripulación desesperada y exhausta, había llegado al puerto de El Ferrol, en el extremo norte de España.

Con la paz posible y el destino de las vidas estadounidenses, inglesas y francesas descansando sobre sus hombros, Adams no pudo dedicar varios meses a las reparaciones del barco, por lo que decidió viajar las casi 900 millas por tierra para llegar a París. Todos los funcionarios españoles en El Ferrol le aseguraron que su plan era un curso prudente. La hospitalidad en el camino fue la mejor del mundo, le dijeron, el viaje fue una excursión fácil a través de un exuberante paisaje, incluso en diciembre. Sonaba muy parecido a unas vacaciones.

Decidido y confiado, Adams reunió a sus hijos, John Quincy y Charles, y algunos escoltas, y salió un día después de la Navidad de 1779 en una caravana de trece mulas como Don Quijotes del Nuevo Mundo.

Gran parte de España en ese momento se parecía a lo que Adams había pasado toda su vida luchando en Boston y luego en Filadelfia. Casi todo el país cayó bajo un tridente de poder. Primero, una monarquía recaudaba impuestos, reclutaba a padres e hijos en las guerras interminables de España y gobernaba por decreto real sin elección ni consentimiento del pueblo.

Una segunda punta era el clero que había erigido en una ciudad tras otra catedrales masivas, y luego recolectaba un pesado diezmo para su mantenimiento. La falta de diezmo, advirtió el clero, condenó a un plebeyo a la llama de la perdición. La mayoría pagaba y había pagado durante siglos, manteniendo a los campesinos como campesinos, indigentes e impotentes. Aunque era un hombre devoto, Adams vio a través de esta artimaña al comentar: "Nada parece rico excepto las Iglesias, nadie gordo, excepto el Clero".

Los nobles formaban la tercera punta. Dominaban vastas tierras y barcos que los reyes y reinas del pasado habían otorgado a sus líneas ancestrales a cambio

de lealtad política y obediencia. Los nobles imponían tarifas por el privilegio de usar sus tierras o barcos para cultivar pan, pescar bacalao o construir casas para familias.

Este tridente del rey, el clero y los nobles actuó como un tenedor del diablo para sacar la vida y la sangre de la gente al igual que el rey Jorge de Inglaterra y los nobles bajo su reinado plagaron las colonias americanas. "No veo más que señales de pobreza y miseria", escribió Adams. "Un país fértil, no medio cultivado, gente andrajosa y sucia, y las casas universalmente nada más que cieno, humo, pulgas y piojos ... No hay síntomas de comercio, ni siquiera de tráfico interno, no hay aparición de manufacturas o industria".

A lo largo del camino, kilómetro tras kilómetro, esta penumbra no cesaba ni por un momento. Desde El Ferrol pasando por Galicia, León y Castilla, la escasez de terreno y la pobreza de la gente pesaban sobre Adams, sus hijos y su partido. Las tabernas ofrecían poco alojamiento, por lo que cada hombre llevaba sus propias mantas y sábanas, comida y agua, pedernal y acero.

En el frío de diciembre, solo esperaba un fuego reconfortante por la noche, pero incluso ese simple lujo se le escapaba. "No he visto una Chimenea en España", escribió. Cada vez que se encendía un fuego, la habitación se llenaba de humo y hollín, lo que provocaba que todos alrededor de la pequeña llama tosieran y respiraran con dificultad. Con los ojos llorosos, se volvieron grises como sombras y luego negros como el carbón, sus rostros "parecían deshollinadores".

La mugre y la suciedad desgastaron a toda la fiesta y para el año nuevo, todos habían contraído algún tipo de enfermedad respiratoria. El frío húmedo los congeló hasta los huesos. Adams admitió en una carta a Abigail que llegar a París por tierra puede haber sido un grave error de juicio. "La Iglesia, el Estado y la Nobleza agotan al Pueblo hasta tal punto", escribió, "No tengo idea de la posibilidad de una miseria más profunda".

Esta tristeza se sintió inusual para un revolucionario como Adams. Era conocido por su optimismo, un espíritu de lucha impávido y un vigor intelectual que había infundido a la causa revolucionaria de Estados Unidos con fundamentos

filosóficos y razón legal. El suyo era un personaje que serviría como vicepresidente de George Washington, y más tarde el segundo presidente de los Estados Unidos. El abatimiento se sentía inadecuado para alguien cortado de su resistente paño.

Sin embargo, cuando la caravana de mulas llegó a Burgos, sus pesados sentimientos se habían convertido en oscura desesperación. “En resumen, estoy en una situación deplorable”, escribió el 11 de enero de 1780. “No sé qué hacer. No sé a dónde ir”.

Con el corazón apesadumbrado, subió a su carruaje tirado por mulas a la mañana siguiente y caminó pesadamente por Bribiesca, Pancourbo y Ezpexo. Sentados frente a él estaban sus hijos, John Quincy y Charles, meciéndose con indiferencia hacia adelante y hacia atrás, cada uno temblando, tosiendo y estornudando. Se preocupó por su seguridad, salud y una educación adecuada.

El carruaje descendió de un pico de montaña, dando vueltas y vueltas, como a lomos de una serpiente enroscada, antes de adentrarse finalmente en el valle de Vizcaya donde la fiesta pernoctaría en la localidad de Orduña.

Ningún letrero o hito delimitaba el límite entre las tierras españolas y el territorio vasco, pero Adams sabía que había cruzado una importante línea que se extendía desde escarpados acantilados a través de un valle y al norte hasta el mar. Su diario y los escritos de otros se volvieron alegres y optimistas casi de inmediato, como la luz del sol quemando el gris y el frío de las nubes sofocantes.

En esta nueva tierra, todos se levantaron antes del amanecer. El aire se había calentado, el frío había desaparecido. “Es un lugar hermoso, fértil y bien cultivado, casi el único que hemos visto hasta ahora”, escribió Adams. Cabalgando hacia el norte, se encontraron con comerciantes en el camino con pescado salado, sardinas, bacalao y herraduras, un surtido mayor que cualquiera que hubieran visto desde el puerto de Boston, y “el Mulo y sus Conductores se ven muy bien, en comparación con los que tenemos. visto antes.”

El 15 de enero, el tren de mulas entró en Bilbao, una ciudad de la mitad del tamaño de Boston, con olor a aire marino y bacalao destripado, y rebosante de comercio. Hombres corpulentos, algunos con boinas negras, cargaban y descargaban mercancías, comerciaban en la calle y se daban la mano, colgaban baratijas para comerciar y comercializaban frutas y verduras. Las mujeres vendían yardas de tela y lino y bufandas hechas a mano. Las tiendas se alineaban en la calle vendiendo libros, vidrio, loza, juguetes y cubiertos. Lo más impresionante de todo es que Adams contempló una vista espléndida: ¡una chimenea! El ajetreo y el bullicio, todo vibrante y despreocupado, le resultaba tan familiar. "Al atravesar este pequeño territorio", escribió, "te gustaría estar en Connecticut".

Él y su grupo se instalaron en una "posada respetable" donde podían calentar los dedos de las manos y los pies sin respirar cenizas. Apenas había pasado una hora cuando llamaron a la puerta y allí, en la puerta, estaba un comerciante vasco, Joseph Gardoqui, con una invitación a cenar. Con una cortés reverencia, Adams aceptó felizmente.

Gardoqui y sus hijos habían construido un próspero negocio que comerciaba entre Bilbao y las colonias americanas. Sentía simpatía por estos luchadores revolucionarios, los llamaba "patriotas" y hacía su pequeña parte, creía, por su causa. Canalizados a través del territorio y los puertos vascos, sus cargamentos secretos incluirían 30.000 mosquetes; 30.000 bayonetas; 51.314 balas de mosquete; 300.000 libras de polvo; 12.868 granadas; 30.000 uniformes; y 4.000 carpas de campaña.

En la cena, Gardoqui relató con salvajes movimientos de brazos y manos varios logros vascos. Habló de la academia de Bergara, como ninguna en España, donde niños de Bizkaia, Gipuzkoa y Álava aprendieron el oficio y las costumbres y culturas de Europa y América. Habló de los municipios que eligen consejos de gobierno descentralizado y describió cómo el vasco recaudaba ingresos en una fórmula común transparente para todos. Adams escuchó con gran atención, bebiendo vino de la propia cosecha de Gardoqui.

Los dos caminaron por las calles de Bilbao después de la cena para ver el Patronato, una institución vasca que llevaba 150 años en gestación. Los comerciantes eligieron por sorteo y elección a los miembros de la Junta para resolver todas las disputas comerciales en tierra o en el mar. No podían servir ni los extranjeros ni los designados por el Rey.

Adams se maravilló de cómo esta Junta había florecido fuera del alcance del Rey, escribiéndola en cartas a casa y en su diario. Su origen reflejó los acontecimientos de la colonia de Adams en Massachusetts que habían desencadenado la Revolución Americana. En 1632, el Rey de España gravó la sal. Los ciudadanos de Bilbao se negaron a pagar y luego mataron a los agentes que intentaron cobrarlo. El rey envió tres mil soldados para sofocar la rebelión, pero los vascos se organizaron, se defendieron y mataron o expulsaron a los soldados. En consecuencia, el rey perdió gran parte de su autoridad sobre los vascos para cobrar deberes o conferir señorío sobre tierras y barcos.

Esa noche, Adams escribió en su diario: "Las tierras de Vizcaya están principalmente en manos del pueblo, pocas señorías". También envió una carta a Samuel Huntington, presidente del Congreso de Filadelfia, diciendo: "Puede parecer sorprendente oír hablar de provincias libres en España, pero tal es el hecho, ... que un viajero lo percibe incluso en sus rostros, su vestimenta, su aire y su manera ordinaria de hablar, ha inducido a la nación española y a sus reyes a respetar las antiguas libertades de este pueblo, hasta el punto que cada monarca, en su ascenso al trono, ha prestado un juramento de observar el Leyes de Bizkaia ”.

Adams podría haberse quedado en Bilbao semanas más para satisfacer su profunda curiosidad, pero estaba ansioso por llegar a París. A la mañana siguiente, metió a John Quincy y Charles en el carruaje tirado por mulas y reunió al resto de su grupo para salir de Bilbao. Cruzaron a Bayona tres días después y luego a Burdeos dos días después. París apareció a la vista el 9 de febrero.

Un año más tarde en Estados Unidos, una derrota en Yorktown acabó con cualquier esperanza que Inglaterra tuviera de retener sus trece colonias. El

Tratado de París cerró oficialmente la Revolución Americana en 1783, debido en gran parte a la brillantez de Adams. Los padres fundadores luego centraron su atención en el largo y laborioso desafío de forjar una nueva constitución. Le pidieron a Adams que investigara y estudiara las mejores filosofías políticas, los mejores modelos de la historia y los mejores ejemplos del día, si podía encontrar alguno, para iluminar su debate después de tanto sacrificio y miserable derramamiento de sangre.

En mayo de 1787 publicó sus hallazgos. Aunque habían pasado más de siete años y sólo había pasado ocho días entre los vascos, recordaba con cariño a la gente y escribía de ella con elocuencia. "Si bien sus vecinos hace tiempo que han renunciado a todas sus pretensiones en manos de reyes y sacerdotes", escribió, "este pueblo extraordinario ha conservado su antiguo idioma, genio, leyes, gobierno y modales, sin innovación, por más tiempo que cualquier otra nación de Europa."

Adams declaró al Vasco una república. Luego, siguiendo el ejemplo de estas personas notables en los Pirineos, los sabios de Filadelfia con estudio cuidadoso crearon una república propia.

Vince J. Juaristi nació y se crió en Elko. Es director ejecutivo y presidente de ARBOLA, una empresa de tecnología, en Alexandria, Virginia. Su libro más reciente, "Basque Firsts: People Who Changed the World", será publicado este año por University of Nevada Press.

'Entrelazados'

Esparcido entre el Monumento a Washington y el Capitolio de los Estados Unidos, el Smithsonian alberga el Festival Nacional de Vida Folklórica cada año. Cientos de miles asisten de todo Estados Unidos y de todo el mundo para estudiar y aprender sobre las diversas culturas de los Estados Unidos. Del 29 de junio al 4 de julio y del 7 al 10 de julio

de 2016, el festival de este año mostrará al vasco. En el período previo a este importante evento, publicamos una serie de artículos históricos y de interés humano que demuestran cómo estadounidenses y vascos se han cruzado durante siglos. En enero se publicó un artículo introductorio. Los artículos adicionales se publicarán mensualmente hasta junio de 2016. Llamamos a la serie, "entrelazados".

Cualquier persona que desee hacer una donación para el Programa Vasco de Elko en el Smithsonian debe comunicarse con Angie deBraga en Great Basin College, 775-753-2231 o angie.debraga@gbcnv.edu.